

estéticas. Pero resulta disperso. Villacañas tiene recursos suficientes para ceñirse a una unidad de tono que le haría, sin duda, más sólido y convincente.

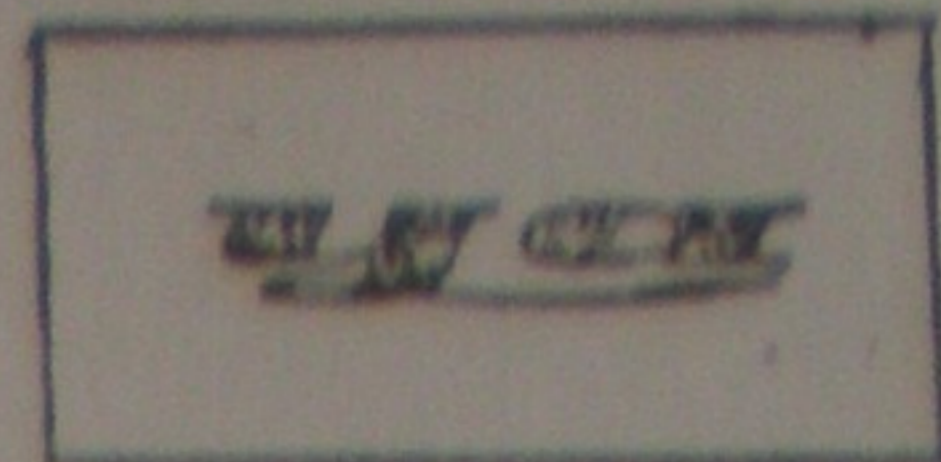
Ejemplos de buen tino expresivo, de gracia metafórica, abundan en su texto. Así, esta estrofa concebida como noticia, evadiéndose de las zonas de concreción para suplirlas por referencias anímicas o localizaciones intangibles:

«Salgo esta noche de mí mismo. Voy a dormir en el viento.
No te puedo decir a donde estoy,
ni si triste o contento.»

No hay duda. Hay un poeta que no hace más que demostrar que es capaz de hacer muchas cosas, pero que no se decide a la especialización.

J. G. M. DE L.

(1) Gómez-Menor. Toledo 1964.



MADRID

19 AGO. 1964

Fecha

POESIA SINCERA

«SALA DE JUEGO», por
Juan Antonio Villacañas.
Toledo, 1964. 64 págs.

Bajo el título de «Sala de juego» agrupa Juan Antonio Villacañas en su nuevo libro una serie de composiciones poéticas que son casi siempre monólogos del poeta, fruto de una meditación ante la vida y de la vida, que es, al fin y al cabo, «sala de juego» para los hombres. El poeta siente el drama íntimo y constante de la voz, de la palabra, del amor y de la muerte que le llegan cada día:

¿Por qué si yo soy muerte
mato por no morir?

Está este nuevo libro de Villacañas en una línea actualísima de poesía que corresponde a ese momento crítico en el que los poetas españoles tratan de huir de las últimas ligaduras que les unen a la más leve retórica, para andar, sin artificio, un camino que por fuerza ha de ser desolado a veces y que no tendría que ser, pero a veces es escéptico y desconsolado. Villacañas, con «Sala de juego», se pone en esta línea con todo el peso de su auténtica y cordial poesía:

Vivo por olvidarme de mí mismo,
bebiéndome mis lágrimas de un trago

Pero afortunadamente en él resiste aún la esperanza, porque tiene «la fe prendida en la palabra».

A. F. F.

«El Español»

4 Julio 1964

Desde esta actitud y con esta voz Juan Antonio Villacañas, al que tal vez en este libro encontramos demasiado distante de la ternura, demasiado seco en su postura humana, nos va dando sus reflexiones, sus leves amarguras. Sin embargo, a veces el poeta que es Villacañas vuelve por sus fueros de amor a la belleza, a la armonía del mundo donde vive su pensamiento:

Con un sello de sol en los costados
el día está luciendo en las ventanas.

Bello principio de un soneto al que luego retuerce en una pirueta de amargo humor sorprendente:

Y el tiempo es un apático cangrejo
que come cal y carne y se revienta
de andar y desandar y hacerse viejo.

Es curioso—y digno de que por alguien se estudie seriamente—el paso evolutivo que se está produciendo actualmente en la poesía. Es como si desde una actitud neoclásica, cuajada de deseo por la belleza literaria que caracterizó a la poesía anterior al año 1950, la mayoría de los poetas de esta generación hubieran ido caminando hacia una depuración del estilo, a un despojar de toda retórica inútil a la palabra para quedarse en el puro concepto y desde aquí—en este «aquí» vemos ahora detenido a J. A. Villacañas—se emprendiera un alocado camino hacia un nuevo romanticismo literario, lleno de apasionadas actitudes, de desprecio por los moldes antiguos, por la música del verso, por la gracia del lenguaje. ¿Nos encontramos en el umbral de un movimiento romántico del que tanto hubiera abominado Eugenio D'Ors?

En todo caso el poeta que hoy tratamos ha sabido contener, en su inteligente postura de «Sala de juego», sus impulsos, y nos da una poesía llena de sugerencias, aunque nos duela adivinar en ella mucho desencanto que vela su propia ironía.

Luis LOPEZ ANGLADA

«Sala de juego», Juan Antonio Villacañas. Toledo, 1964.

La ya copiosa lista de libros poéticos publicados por Juan Antonio Villacañas habla, mejor que nadie pudiera hacerlo, de la acendrada y constante vocación de este hombre que en la maravilla de su ciudad silenciosa busca una dimensión ancha y universal para su voz. Juan Antonio Villacañas no es un poeta de voz artificiosa; si hubo alguna vez una actitud retórica, una voluntad de estrofa en su creación, ésta ha sido ya superada. Juan Antonio Villacañas es, ahora, un poeta preocupado, hondamente preocupado por el mundo y la humanidad que le rodea; no se entrega a una apasionada canción sino que muestra un leve escepticismo que le separa de un vulgo inconsciente. Pero su afán es llegar a los demás, entregarles su propia intimidad, sus pensamientos, sus deseos, y para ello trabaja sus versos con recia voluntad y precisa palabra.

Yo soy el hombre, un hombre
con la paz dentro, muerta.
Sigo jugando al pierdegana,
al perder tiempo y ganasueña,
Lamento lo que está pasando
en la esperanza, en lo que espera
la esperanza,
en lo que juega la esperanza en esta
reunión infinita de partidas
que están sobre la mesa.